

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL P. JUAN DE MARIANA.

SENAS habrá español medianamente instruido y amante de las glorias de su patria, que no tenga noticia de este célebre escritor, que vinculó su nombre á la historia de su país, en una obra recomendable bajo todos aspectos, y que se pre-

Segunda serie. — Tomo III.

senta la primera al frente de nuestros recuerdos históricos y en medio de esta celebridad tan vulgar, que no se halla reducida como quiera al pequeño círculo de hombres estruidos, sino que corre aun en manos de los menos versados en las letras, apenas hay quien tenga noticia de su vi-

2 de mayo de 1841.

da y carácter. Por tanto, al publicar su biografía popularizándola en nuestro país, creemos tributarle un homenaje bien merecido de respeto y gratitud.

Hallábase rezando en su aposento el Br. Martín de Cervera, teniente cura de la *Puebla-nueva*, en la tarde del 1.º de abril de 1536, cuando se le presentó un vecino llamado Juan Salguero, que venía de Talavera con un niño de pocos días: preguntado Salguero por los padres de aquel niño, manifestó que no eran conocidos, y así lo firmó el teniente cura al día siguiente en sus libros parroquiales, después de haberle administrado el bautismo, y puesto el nombre de Juan: el niño continuó viviendo en compañía de su padre putativo, y los vecinos de la Puebla enseñan todavía la casa donde se crió, sita en el barrio del *Vallejo*.

Por mucho tiempo se ignoraron sus padres, aun cuando secretamente no dejasen de traslucirse; la voz pública designó al fin como tales al licenciado Juan Martínez de Mariana, canónigo de Talavera, hombre instruido y gran viajero, y á una dama de la misma ciudad llamada Bernardina Rodríguez, con quien vivía no muy honestamente. Una vez descubiertos sus padres, estos no titubearon en encargarse de su educación, que dirigieron con esmero, contribuyendo mucho para ello el brillante ingenio que ya desde entonces descubrió. Florecían por aquel tiempo los estudios de Alcalá, reuniéndose allí los mas célebres profesores de España, y lo mas florido de la juventud ávida de instrucción y atraída por el gran crédito que le había legado su ilustre fundador. Allí enviaron también al joven Mariana, que no tardó en distinguirse entre los demas condiscipulos como uno de los mas sobresalientes.

Tendría apenas 17 años de edad, cuando se presentó en Alcalá el maestro Gerónimo Nadal enviado á Castilla por S. Ignacio de Loyola en calidad de comisario para plantear las constituciones de la compañía: aquella austeridad y abnegación que caracterizaban al P. Nadal y sus compañeros, hirieron la imaginación de la juventud española siempre dispuesta á dejarse llevar de todo lo que aparece heroico y sublime; y lo mas aventajado de ella, abandonando las halagüeñas ilusiones que les presentaba su porvenir, corrió á pedir la humilde sotana, que acababa de vestir el célebre duque de Gandía. Entonces se presentaron casi simultáneamente *Rivadeneira* y *Molina*, castellanos; *Perpiñan*, *Esteve* y *Perera*, valencianos; *Ledesma*, *Paez*, *Romeu*, *Maldonado* y otros muchos no menos célebres por sus virtudes y erudición, que dieron lustre y gloria á su instituto: no fue Mariana el último en abrazarle, entrando en la compañía el año 1554.

El P. Nadal que conocía la importante adquisición que había hecho, avisó al punto á S. Ignacio, "*el cual (según Andrade) manifestó mucho agrado de ello, y echóle desde Roma su bendición.*" No menos la celebró S. Francisco de Borja, que fue su director durante el noviciado que pasó en Simancas, aprovechándose de su ayuda para la composición de un tratado místico que se cree fuese *La exposición de los Trenos de Jeremías*, que leyó después dicho santo en Alcalá y Valladolid. Concluido su noviciado volvió á continuar sus estudios en Alcalá, y á pesar de hallarse mezclado entre los demas estudiantes por no haber todavía fundado la compañía en aquella ciudad, era ya tan distinguido entre sus condiscipulos, que solían estos acudir á su aposento para escuchar sus ilustrados y elegantes discursos: á pesar de su corta edad era tan variada su erudición, que ademas de las ciencias que había aprendido, poseía completamente el latín, y hablaba muy bien el griego y el hebreo.

Trataba entonces la compañía de establecer en Roma un colegio que sirviese de modelo á los demas que hubiese de fundar, y de plantel de buenos maestros para que de

este modo la enseñanza fuese tan vasta como uniforme. Entre los varios jóvenes españoles que fueron llamados con este objeto, uno de ellos fue Mariana, de edad de unos 24 años, sin que sirviese esto de obstáculo para ponerle al frente de una cátedra de artes, y en seguida de otra de teología. Su crédito era tal, que llegó á tener 200 discípulos, entre ellos el famoso Belarmino. Con igual objeto fue enviado á Sicilia, y de allí á París, cuya universidad le honró con el grado de doctor, y una cátedra de teología de santo Tomás, que regentó por espacio de cinco años; durante los cuales fue tal la afluencia de estudiantes que concurrían á oír sus esplicaciones, que según la espresion de un escritor "*venía estrecho el general*" (la clase). Un día en que estaba llena la cátedra hasta fuera de la puerta, llegó tarde uno de los estudiantes mas aplicados y asistentes, y viendo que no podía penetrar, se apoderó de una escalera de mano que había allí cerca, y con intrepidez estudiantil se encaramó hasta una ventana que daba á la clase, y se puso á copiar en ella la esplicación: avisado Mariana de este incidente, por la algazara que produjo en el auditorio, se dirigió al aplicado oyente diciéndole en tono risueño aquellas palabras del evangelio "*el que no entra por la puerta es ladrón y saltador.*" Si señor, respondió el estudiante con viveza, para robar vuestra doctrina" (1).

El mal temple de París y su infatigable laboriosidad le acarrearón una enfermedad peligrosa, de modo que para restablecer su salud fue preciso que volviese á tomar los aires nativos; con cuyo motivo volvió á la casa profesa de Toledo el año 1574, después de 12 años de enseñanza y aplausos en las cortes extranjerías. Así que fijó su residencia en Toledo dedicóse á la predicación y demas cargos espirituales propios de su ministerio, pues había sido ordenado de sacerdote á poco tiempo de su llegada á Roma. Ya en aquella capital había dado ventajosas pruebas de su mucha elocuencia, alabándole el mismo Marco Antonio Mureto, que era uno de los mejores oradores de aquel siglo. En breve echaron mano de él casi todos los tribunales eclesiásticos del arzobispado, honrándole con interesantes consultas; como igualmente los hombres mas célebres en autoridad y saber, los cuales se dirigían á él con la mayor cortesía y deferencia para valerse de sus consejos. Entre todos ellos sobresalió siempre el ilustrado conde de Lemos, el Mecenaz de los literatos españoles.

Una grave ocupación vino por aquel tiempo á distraerle de su infatigable estudiosidad, apartándole de las bellas letras á que principiaba á dedicarse, y sumiéndole en los trabajos y meditaciones profundas de que se había retraído por el mal estado de su salud.

Acababa entonces Arias Montano, catedrático de Alcalá y uno de los hombres mas eminentes de su siglo, la publicación de la célebre Biblia Poliglota, llamada regia ó Filipina por haber sido costada por Felipe II. Resentido de la preferencia de Montano un catedrático de Salamanca llamado el maestro Leon de Castro, y llevado de su envidia y de las instigaciones de los émulo de aquel, le acusó en España y Roma al tribunal de la inquisición, como judaizante por haber seguido, según decían, la versión de los rabinos con preferencia á la interpretación de los santos padres, añadiendo á esta otras mil groseras imposturas. Luego que estuvo formado el expediente, se remitió á la inquisición de Toledo, la cual le pasó en consulta al P. Mariana. Dos años tardó este en revisar la Poliglota y confrontar las discordancias, al cabo de los cuales dió su dictámen en un largo y razonado discurso que mereció mucha aceptación.

(1) *Qui non intrat per ostium, sur est et latro—Utique, Domine ad furandam tuam doctrinam.*

de modo que el papa Gregorio XIII pidió se le remitiese una copia de él.

Terrible fue la prueba y compromiso que tuvo que arrostrar Mariana en esta consulta; prescindiendo del inmenso trabajo que exigía el revisar y confrontar tantos idiomas y tan difíciles como encerraba la Poliglota, y el mucho estudio, detenimiento y pulso que requerían, luchaban en torno suyo los mas opuestos intereses, fatigándole con sus reiteradas instigaciones. Por una parte varias personas de mucha categoría, y aun algunos de la compañía le inducían á la condenación de Montano. Por otra parte Felipe II estaba en expectativa, y aun cuando aparentaba no hacer caso de la cuestión, no por eso perdía de vista aquella causa tan célebre y ruidosa con que se quería abatir una de sus obras mas grandiosas. En tal conflicto el genio austero y rígido de Mariana le sacó del apuro, navegando felizmente entre tan terribles escollos.

Incapaz de abatirse á la adulación, ni doblegarse ante las amenazas, dijo la verdad como la sentía su corazón, y con todo el convencimiento de una conciencia recta y veraz. Reprendió á Montano los descuidos que lo merecían, aunque con la parsimonia que era regular en una obra tan larga, vindicóle de las calumnias é imputaciones que le acumulaban, y elogió los muchos aciertos que eran acreedores á ello.

El mucho crédito que le atrajo esta obra le valió el aprecio del cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo, que le empleó en los asuntos mas árduos de la administración del arzobispado, en especial la formación del índice de libros prohibidos, el Manual para la administración de sacramentos, y la redacción de las actas del concilio diocesano, celebrado en Toledo en 1582. En medio de tan graves cargos logró por fin algun tiempo para ejecutar el grandioso objeto que se había propuesto hacia mucho tiempo de coordinar una Historia de España, que sirviese de guía á los que en lo sucesivo se dedicasen á tan interesante objeto: pero como la calificación de esta obra tan grandiosa como vulgar, que elevó su nombre al grado de celebridad que goza en el día, haría demasiado difusos los límites de su biografía, reservamos para otro artículo el tratar de ella con mas estension.

Borrascosa y aciaga fue la vejez del P. Mariana; desencadenadas y furiosas las persecuciones que hubo de arrostrar, cuando debiera consolarse con la esperanza de dormir á la sombra de sus lauros literarios. Desde su juventud, y no siendo mas que un simple estudiante, se le había notado un genio fuerte y severo, y su taciturnidad era proverbial entre sus condiscipulos: esta dureza de carácter en vez de mitigarse fue creciendo con la edad, ó insinuándose no solo en sus hábitos sino tambien en sus escritos; haciéndose cada vez mas rígido é inflexible en sus opiniones, al paso que se aumentaban sus años, á la manera que se endurece el hierro, segun que vá perdiendo el calor.

Una de las obras mas nombradas que escribió durante su vejez, y que sirvió de predisposición á las que despues publicó, y de las cuales nacieron las persecuciones que sufrió, fue la obra titulada "*De Principe et Principis institutione*"; (del principe y su educación); su estilo es hermoso y fluido, pero á vueltas de él emitió proposiciones harto aventuradas, no solo por la época y el gobierno bajo que se proferían, sino tambien por las ideas y opiniones vigentes: extraño parecerá por cierto que en el reinado de Felipe II hubiese un sugeto, y religioso, que hiciese la apología del tiranicidio, y mas extraño todavía el que tal libro pasase sin censura, á pesar de la decantada suspicacia y despotismo del rey que con tan negros colores se quiere pintar.

Animado con esta indulgencia se aventuró á publicar

fuera del reino varios manuscritos sueltos, valiéndose para ello de su amigo Francisco Escoto que estaba entonces en Colonia, donde salieron á luz el año 1609 en un tomo en folio.

Estos tratados eran siete, á saber: *La venida de Santiago á España*. 2.^o sobre la edicion *vulgata* de la *Biblia*: 3.^o *de los espectáculos*: 4.^o *de la alteracion de la moneda*: 5.^o *del día y año de la muerte de Cristo*: 6.^o *de los años de los árabes cotejados con los nuestros*: 7.^o *de la muerte y de la inmortalidad*.

El duque de Lerma y sus paniaguados que vieron en el 4.^o de dichos tratados descubiertos sus manejos y ridiculizadas sus intrigas á la faz de la Europa, mandaron inmediatamente recoger el libro y prender al autor. Comisionóse para la formación de causa al obispo de Canarias D. Fray Francisco de Sosa del consejo supremo de la inquisición, el cual envió á Toledo al licenciado Francisco de Muxica para prender á Mariana, trayéndole en clase de recluso al convento de S. Francisco de Madrid año 1609.

No por eso le abandonó su firmeza de ánimo, antes por el contrario se defendió con una energía que no era de esperar de su edad septuagenaria. El dictamen fiscal fue de lo mas áspero y sangriento: formábase á Mariana en cada cargo un delito de Lesa Magestad, y se pedían las penas correspondientes á él, tratándole como á un enemigo el mas rebelde contra el rey y la nacion. Afortunadamente un incidente que sobrevino suspendió la sentencia, pues habiendo solicitado el fiscal se diese parte á su Santidad para la condenación de la obra se movieron sobre ello algunas dificultades, y por fin el expediente vino á parar al tribunal de la Rota.

Entonces cayó en manos de D. Francisco Peña, gran letrado y hombre de mas templanza que el fiscal anterior: en su dictamen calificó nada mas que de imprudentes y temerarias las doctrinas de aquel tratado, manifestando que supuesto que no se había probado el pretendido delito de lesa Magestad le creía digno de absolucion, atendiendo á su avanzada edad, raro mérito y sana intencion. El resultado de la causa se ignora, y únicamente se dice que siguió preso por espacio de un año en el convento de S. Francisco sin dar señal de abatimiento, y que pasado aquel tiempo volvió á Toledo repuesto en su buena opinion y crédito.

Esperábase allí otra prueba no menor que las pasadas: durante su prision el obispo de Canarias encontró al registrar sus papeles uno titulado *Del gobierno de la compañía*, en que apuntaba algunos defectos de su administración interior, el obispo tuvo la debilidad de darlo á leer á un amigo suyo, y este á otros varios (como sucede en tales casos) y aun se sacaron algunas copias, y poco tiempo despues apareció impreso en Burdeos. Los jesuitas levantaron la voz, y negaron que aquel folleto fuese de Mariana ó al menos conforme él lo escribió. Esto como es de suponer le acarreó algunos disgustos domésticos, pues el general prohibió á todos los regulares de la compañía tener dicho papel y aun se asegura que se le formó causa y se le inhibió de obtener cargo ninguno en la compañía: pero esto parece absurdo hallándose Mariana en una edad que le imposibilitaba para desempeñar empleos que siempre había rehusado, aun prescindiendo de la deferencia que observaba la compañía con sus escritores procurando dejarlos desembarazados en sus respectivos estudios. Asi es que á pesar de su avanzada edad y las pesadumbres y molestias que había sufrido continuó todavía sus ocupaciones literarias, publicando su *Historia de España* corregida y aumentada con una especie de apuntes cronológicos que servían de continuacion. Para hacer esta reimpression obtuvo de Felipe IV una ayuda de costa de mil ducados por una vez, y aun hay quien asegura que le honró con el título de Cronista, lo cual no es creíble,

pues nunca Mariana usó de aquel título, ni aun en la impresión que hizo, en la que parecía regular lo pusiera.

Cinco años antes de morir se ocupó en poner Escolios al antiguo y nuevo testamento, obra de raro mérito según los inteligentes, y que indica la fortaleza de su alma aun en aquella edad octogenaria; pues falleció el día 16 de febrero de 1623 á la edad de 87 años.


A pesar de las muchas obras suyas que hemos nombrado aquí aunque ligeramente, publicó otras muchas que sería pesado enumerar: con todo se asegura que sus obras inéditas escuden en doble á las que se publicaron, y que en la biblioteca de los jesuitas de Toledo se conservaban diez tomos en folio manuscritos. Sin duda la persecución que le acarreó la publicación de los siete tratados, le impidió dar á la luz otros muchos. A pesar de eso fue grande la sensación que causaron sus pocos escritos políticos, y no menos el miedo que el gobierno llegó á tener á su pluma. Luego que se publicó su muerte el presidente del consejo Don Francisco de Contreras, hombre de mucha integridad, dijo á varias personas que le rodeaban: *Hoy ha perdido el freno nuestro consejo*. Principiaban entonces á experimentarse los males que tan previsora como enérgicamente había vaticinado, y buscábanse á peso de oro los pocos ejemplares de los siete tratados que habían podido escapar del naufragio: pero aquellos remedios eran ya tardíos. Entonces se conoció la exactitud de aquellas fatídicas palabras que había osado estampar en el prólogo de aquella obra: *"escribo no porque espere enmienda alguna en los inconvenientes que espongo, sino para que cuando se vean con la experiencia cumplidos los daños, sepa el mundo que hubo entonces quien los conoció, y tuvo pecho para advertirlos."*

V. DE LA F.

RECUERDOS DE VIAJE.

I.

DE MADRID A BAYONA (1).

 on los meses de junio y julio del año pasado, todos los habitantes de esta heroica villa parece que se sintieron asaltados de un mismo deseo; el deseo de perderla de vista, y de hacer por algunos días un ligero paréntesis á su vida circular. Cuál alegaba para ello graves negocios é intereses que llamaban su persona hácia los fértiles campos de Andalucía; cuál la intención de ir á buscar su compañera en las floridas márgenes del Ebro; el uno improvisaba una herencia en las orillas del Segura; el otro soñaba una curación de sus antecedentes en las graciosas playas del Cabañal valenciano. A aquel le llamaba hácia la capital de Cataluña la accidental permanencia de la corte en ella; á este la curiosidad de recorrer los sitios célebres de nuestra historia contemporánea, brindábale el rumbo hácia el país vascongado. Todo se volvía ir y venir, y correr y agitarse con fervor para terminar los preparativos que un viaje exige; las modistas y sastres afamados, no se daban manos para cortar trajes de Amazonas y levitas de fantasía; las tiendas de calle de la Montera quedaron desprovistas de *nécessaires* de viaje, cajas de pintura, guantes y petacas. Poumard y Gimesta no bastaban á confeccionar *Albums* y *Souvenirs*: los

libreros agotaron su surtido de libros.... en blanco; y los perfumistas Fortis y Salamanca tuvieron que pedir á Carabanchel dobles remesas de jabones de Windsord, y de aceite de Macasar.

Todas estas idas y venidas, todos estos dares y tomares, venían á convergir en el patio de la casa de diligencias, que á todas horas del día y de la noche veíase lleno de interesantes grupos de levitin y casquete, de sombrerillo y schal, que aguardaban palpitantes á que el reló del Buen Suceso diese la una, las dos, las tres; todas las horas, medias y cuartos, para montar en la diligencia, y dar la vela, cuál al oriente, cuál al occidente, el uno al sur, y el otro al septentrion. Y los restantes grupos que rodeaban á los primeros, y que por su trage de *ciudad* representaban á la fracción quietista que quedaba condenada á vegetar en el Prado, esperando que el libro de la diligencia les señalase su turno de marchar, parecían como reprimir un movimiento de envidia, y al estrechar en sus brazos á sus amigos y amigas no podían contener la sentida frase de: *Dichosos vosotros!*...

Y á la verdad, no era de extrañar esta unánime resolución de viajar que impulsaba á los habitantes de Madrid (de ordinario quietos é inamovibles) si se atiende á que era el primer verano en que despues de seis años de guerra y de casi completa incomunicación podían con libertad saborear el derecho de menearse (que es uno de los imprescriptibles que nos concedió la naturaleza), y querían con este motivo estender alguna cosa mas su acostumbrada órbita que se estiende de un lado hasta Pozuelo y Villaviciosa, y por el otro abraza hasta el último Carabanchel.

Ello en fin fue tal por aquel entonces la necesidad de lanzarse mas alla de las sierras, que apenas en los primeros días de julio un elegante que se respetase podía dar la cara en la luneta ó pasearse en el salon del Prado; y en los mismos salones del Liceo se hacia sentir la escasez de poetas, en términos que las sesiones tenían que celebrarse *sotto voce* y en la prosa mas comun.

Afortunadamente para nuestra capital los habitantes de las provincias se habían encargado de vengarla de aquel desden de sus naturales cortesanos, y animados por igual deseo de locomoción, parecían haberse dado de ojo para venir á ella, y aprovechar la excelente ocasión que se les presentaba de disfrutar un verano de treinta y cuatro grados sobre cero, á la sombra del teatro de Oriente, ó de las cortinas de la Puerta del Sol.

La carrera de las provincias vascongadas era principalmente la que por entonces llamaba la atención; ya por mas análoga á la estación ardorosa, ya por el deseo de visitar los célebres sitios de Luchana y Mendigorria, Arlaban, Vergara &c. La vida *confortable* de S. Sebastian; los celebrados baños de Sta. Agueda, las gratas romerías de Bilbao, y sobre todo el próximo aniversario del abrazo de Vergara, eran razones mas que suficientes para determinar á la mayor parte de los viajeros madrileños hácia aquellas célebres comarcas; y con efecto fue tal el deseo de visitarlas, que los asientos de las diligencias tenían que tomarse con un mes de anticipación, y las mas elegantes tertulias se daban cita para Cestona y Mondragon.

La silla-correo en que yo salí de Madrid en los primeros días de Agosto (despues de haber esperado un mes mi turno para viajar en posta) pertenecía á la nueva compañía que se ha encargado de conducir la correspondencia en esta carrera, y por la especial construcción del carruaje soportaba ademas del peso de dicha correspondencia y conductor, mayoral y zagales, el no despreciable que formábamos nueve viajeros, tres en la berlina y seis en el interior. Item mas; un décimo, que ardiendo en deseos de refrescar sus esterioridades en los baños de Sta. Agueda, ha-

(1) Véase la Introducción en el Semanario del domingo anterior.

bia transigido con viajar al aire libre entre el mayoral y el zagal, en el asiento delantero, preparándose convenientemente al baño con un sol perpendicular de cuarenta grados. A tal punto llegaba el deseo de lanzarse á los caminos, y á tal grado de provecho le utilizaban las empresas de carruajes públicos.

Eran las cuatro en punto de la mañana; hora no la mas cómoda para dejar el blando lecho y marchar en direccion á la casa de correos para entregarse á la merced de las mulas y de la direccion de caminos. Por fortuna á estas horas nuestros amigos y apasionados no habian tenido por conveniente venir á decirnos *á Dios*, y á estrujarnos á abrazos y consejos: los únicos espectadores que teniamos en aquel instante fiero, eran el comisionista de la diligencia que estropeaba nuestros nombres á la luz de un menguado farolillo, y el centinela que paseaba delante de la puerta del principal. Ni perro que ahullase, ni vieja que gimiese, ni dama que se desmayase, ni mano que tuviera otra que estrechar.

Los viajeros, disfrazados como de costumbre lo mejor posible, nos contemplábamos unos á otros como calculando nuestro respectivo desenrollo, y temiendo cada cual encontrarse de pareja con el mas bien favorecido por la naturaleza. Por fortuna los tres de la berlina perteneciamos á la mas fea mitad del género humano, y todos á este siglo (siglo que ya es sabido que no es el mas propio para engordar), y podiamos en conciencia quedar libres de todos nuestros movimientos, y hasta de nuestras palabras, vista la genial conformidad que inspiran una edad semejante, un mismo sexo, y un coche comun.

Pero veo que insensiblemente voy cayendo en la moda de los viajeros contemporáneos que no hacen gracia á sus lectores de la mas minima de las circunstancias personales de su viaje, y le persiguen hasta saturar sus oidos con aquel *Yo* impertinente y vanidoso que aun en boca del mismo Cristobal Colon llegaria á fastidiar.

Mas á decir la verdad ¿qué podria contar aquí que de contar fuese, tratándose de la travesía de Madrid á Buitrago, por Alcobendas y Fuencarral, por aquellos campos silenciosos y amarillos, ante los cuales enmudeceria la misma rica y delicada lira de Zorrilla, ó el pincel fecundo y grato de Villaamil?

¿Pintaré la magestuosa salida del sol en una atmósfera pura por detras de un manso ribazo? Pero esto es clásico puro hasta hacer dormir á todo el hospital de Zaragoza.

¿Contaré las Dorilas y Galateas que todas las mañanitas abandonan las vegas de Fuencarral para venir á vender nabos á Madrid?

¿Diré los tiernos Melibeos que arropados en una estera ó un resto de manta vieja, se disputan un cuartillo de lo tinto en la taberna del portazgo, no al son del dulce caramo, sino al impulso de una redonda piedra ó del grueso garrote que les sirve de cayado paternal?

¿Pintaré los románticos atavíos del carretero burgalés que asoma dormido á la boca de su galera al lado de su fiel Melampo, que duerme tambien, y al ruido que hace nuestra silla al acercarse, entreabren ambos los ojos, sin que podamos percibir en la rápida carrera si fue el perro ó el otro el que ladró?

¿Contaré en fin las pintorescas vistas de S. Agustin ó Cabanillas, las construcciones fósiles, los techos, paredes, cercas, sierras y semblantes todo de su propio color ceniciento y pedregoso, y aquel suave aroma de la aldea que se despidе de la paja y otras materias menos nobles quemadas en el fogon, el todo armonizado con las suaves punzadas del ajo frito en aceite, ó de las migas empapadas en pimenton?

Por otro lado, no seria posible que pudiera contar nada

de esto, porque en honor de la verdad debo decir que anudando el roto hilo de nuestro sueño, cada cual habiamos tenido por conveniente inclinar la cabeza en distinta direccion, y acabar de cobrar de Morpheo (otro Dios clásico del antiguo régimen) nuestra acostumbrada nocturna racion; sin dárseos un ardite ni de la venta de Pesadilla, ni del abandonado convento de la Cabrera, ni de las costumbres de los habitantes, ni de la historia del pais; y solo caimos en la cuenta de que al subir en el coche habiamos renunciado á nuestro libre albedrío, cuando bien entrada la mañana y el sol armado con todo el aparato volcánico que suele, observamos que el mayoral (á quien Dios no llamaba por este camino) quiero decir, que toda su vida no habia andado otro que el del arroyo de Abroñigal, y por primera vez seguia este rumbo, juzgó conveniente el no seguirle derecho, sino ladearse algun tanto á uno de los bordes que dominaba casualmente á un precipicio, y lo hizo de suerte que á no habernos apresurado los viajeros á saltar rápidamente del coche, cuál por la puerta, cuál por la ventanilla, seguramente hubiéramos acabado de describir la curva para la que ya teniamos mucho adelantado. Por fin aquel susto pasó, y los nueve ó diez viajeros pudimos reconocer nuestros bustos en pie, y de cuerpo entero, á la clara luz del medio dia; con lo cual luego que ayudamos al mayoral á salir del abogo, y luego que nos convencimos de que íbamos guiados por la sana razon de las mulas, aprovechamos con gusto la ocasion que se nos ofrecia de andar una legüita á pie, al sol de agosto y sobre arena hasta llegar á Buitrago, á donde contábamos despachar la inevitable tortilla ó el pollo mayor de edad.

De Buitrago á Aranda de Duero hay otras catorce leguas mortales, que tampoco ofrecen nada nuevo que contar, supuesto que no sea nuevo entre nosotros lo trabajado de los caminos, máxime en sitios tan escabrosos como las gargantas de Somosierra, que aun en la mejor estacion son ásperas y desabridas. En Aranda, á donde llegamos á las nueve de la noche, nos aguardaba la cena en una posada, verdadero tipo de las posadas castellanas, cuya descripcion, si tantas veces no estuviera ya hecha, no seria inoportuno hacer aqui. Pero viajando como viajamos en posta, no hay porque detenernos, sino volver á subir á la silla á las once de la noche y andar toda ella (cosa poco frecuente en los caminos de España), con la esperanza de llegar á Burgos al amanecer, como asi lo exigia el servicio del correo, y teniamos motivos para esperararlo. Pero en esto como en las demas cosas vamos tomando la moda francesa, que consiste en prometer magníficamente; quiero decir, que las veinte y cuatro horas del servicio público, se convirtieron por aquel viage en 32, llegando á Burgos á las 12 del dia con toda puntualidad.

Por otro lado, no puede negarse que es cosa cómoda viajando en el correo, hacer sus paradas de hora y mas á almorzar, á comer, á cenar; item mas, seis horas para dormir en Vitoria, cosa que no le hubiera ocurrido al mismo Palmer, cuasi inventor de los correos en Inglaterra. Por supuesto que en Burgos tuvimos lugar de visitar minuciosamente la Catedral (que tampoco describo aqui por haberlo hecho recientemente uno de los viajeros transpirenáticos de que hablábamos en la introduccion), luego comer sosegadamente, y aun no se si alguno hizo un ratito de siesta. Pasado todo lo cual acumulamos despues á nuestro velocifero, y despues de atravesar aquella tarde el magnifico desfiladero de Pancorvo, verdadero prodigio de la naturaleza, á eso de las 8 de la noche dimos fondo en Vitoria, donde pudimos descansar juntamente con la correspondencia, que sin duda deberia hallarse fatigada del viage, y necesitaría las seis horas de reposo.

La del alba sería (como dice Cervantes) cuando el servicio público y el nuestro particular volvió á exigir de nosotros el sacrificio de abandonar el lecho. La mañana era apacible y nublada, como de ordinario acontece en el estío mas alla del Ebro: cada paso que dábamos, cada sitio que descubríamos, nos traía á la memoria un recuerdo aun reciente de la pasada guerra. Arroyabe, Ulibarri-Gamboa, Arlaban, Salinas; las verdes y pintorescas montañas de la provincia de Guipúzcoa, los blancos caseríos que las esmaltan, por decirlo así, las ferrerías, las ermitas, las aldeas en puntos de vista deliciosos, luego la villa de Mondragon sentada en un paisaje suizo, con sus casas de severo aspecto, sus armas nobiliarias sobre las puertas, y sus bellos restos de antiguas construcciones. Al apearnos un momento mientras se mudaba el tiro, hallamos aquí una comision del Prado de Madrid, bañadores de Sta. Agueda, que está á corta distancia. Luego pasando rápidamente por aquellos deliciosos valles, gratas colinas, lindos caseríos, por Vergara la inmortal, Villareal, Ormaiztegui, Villafranca y otros muchos pueblos interesantes, llegamos á Tolosa á comer. Esta linda ciudad guipuzcoana con sus bellos edificios, sus calles tiradas á cordel, su aseó y elegancia no puede menos de cautivar la atencion del viajero, que por otro lado encuentra en ella una posada muy buena á la manera de los *hotels* franceses, y una complacencia, un esmero en el servicio, que nada tiene tampoco que envidiar al de aquellos.

Desde nuestra entrada en las provincias, los zagales y postillones que se iban sucediendo en las distintas paradas, vestidos de la blusa azul y la boina, símbolo característico del país, nos llamaban la atencion por sus tallas esbeltas, su marcial franqueza, y el lenguaje incomprensible para nosotros, aunque halagüeño, con que entablaban entre sí conversacion. Guiados por su destreza, y sin cuidarnos del mayoral andaluz que habia abdicado sus funciones desde el pronunciamiento de Buitrago, caminábamos con toda confianza por aquellos empinados derumbaderos, por aquellos verdes valles, por sobre aquellas deliciosas colinas. Cada paso que abanzábamos, cada giro que daba el coche, se desplegaba á nuestra vista el mas delicioso panorama que una imaginacion poética pudiera imaginar.—Cuando considerábamos que aquellos campos, ora apacibles y tranquilos, que aquellas colinas risueñas, que aquellos pueblecitos felices, acababan de ser teatro de todos los horrores de una guerra fratricida, parecían un sueño, y por tal lo tomaríamos, á no hallar de vez en cuando algun caserío quemado, algun puente roto; á no saber por nuestros conductores que aquella que bajábamos era la disputada cuesta de Salinas, que aquellas alturas que dejábamos á derecha eran las famosas líneas de Hernani; y los conductores por otro lado no nos dejaban la menor duda, contándonos con la mayor franqueza, sin orgullo, ni disimulo, que allí disputaron el paso á nuestras tropas, que aquí deshicieron la legion inglesa, que allá cortaron el camino para favorecer una retirada, que acullá quemaron ellos mismos su pueblo para que no pudiese servir de asilo al enemigo. Todo esto dicho sin acrimonia, sin arrogancia, como una cosa natural, sencilla, y al mismo tiempo contentos con su actual posicion; el uno habiendo vuelto á labrar el campo de sus padres; el otro conduciendo nuestra silla-correo; cuál escoltándonos á lo largo con el fusil al hombro, cuál otro cantando el *Zorzico* al compás del martillo con que trabajaba en la ferrería.

Siguiendo en fin por las empinadas cuestas del Pirineo, y pasando Astigarraga, Oyarzun y otros pueblos menos importantes, en el momento que íbamos á dar vista á

Irun, vimos rodeado nuestro coche por multitud de muchachas que deseándonos feliz viage, nos lanzaban rosas y otras flores, nos alargaban al ventanillo canastos de manzanas, y nos pedían sin duda en su idioma las albricias de la ausencia. Al anochecer en fin llegamos á Irun, en cuyo término corre el Vidasoa que separa la España de la Francia. Aquí el mayoral quería dar un descanso á su fatigada imaginacion, y hacernos pasar la noche bajo el cielo patrio; pero los tres viajeros de la berlina, únicos que seguíamos todavía, tomando á nuestro cargo la defensa del procomún, argüimos fuertemente que era preciso llegar con la correspondencia á Bayona aquella misma noche, y no tuvo nuestro locomotor otro recurso que volver á marchar.

Pasamos á pie el puente divisorio de los dos reinos, no sin palpar nuestros pechos al dejar momentáneamente nuestra amada España; sufrimos en la aduana francesa el escrupuloso registro de nuestros equipages, y aunque la noche cerró en agua, seguimos nuestro camino por San Juan de Luz y Vidart, y á eso de las 12 de la noche entrábamos en la ciudad de Bayona, y buscábamos posada, sin que en mas de una hora pudiéramos hallarla por estar á la sazón todas ocupadas por los numerosos viajeros, que de paso para los baños del Pirineo, habian llegado de España y Francia á la ciudad. Nuestro mayoral andaluz recordó entonces que se habia venido sin la oja de viajeros, (única cosa en que consistia su encargo), y que se habia ido á Bayona conduciendo al correo con la misma franqueza con que pudiera llevar en su calesa un par de manolas á los novillos de Leganés.

Si yo hubiera de seguir aquí la cartilla de los modernos viajeros franceses, parece que era llegada la ocasion de tejer una historieta galante con alguna princesa transitoria ó con alguna diosa de camino real, en que repartiéndome graciosamente el papel de galán, al paso que diese algun interés á mi narracion, rehabilitase en la opinion de las jóvenes mi ya olvidada persona. Ocasión era sin duda de tentar la envidia de mis compatriotas, pasándoles por delante de la vista alguna de aquellas aventuras vagas, sorprendentes y simbólicas, que al decir de los señores transparentes, asaltan al extranjero luego que salva los límites de su país natal; y esto me daría tambien pie para juzgar á mi modo y de una sola plumada, del carácter, costumbres, historia, leyes y físico aspecto del país que veía desde la noche anterior. Pero en Dios y en mi conciencia (y hablo aquí con la honradez propia de un hijo de Castilla) que ninguna princesa ni cosa tal nos salió al camino; que ningun entuerto ni desaguisado se cometió con nosotros; que tampoco fuimos objeto de ningun especial agasajo; y que, en fin, entramos en la region Gállica con la misma franqueza que Pedro por su casa, y lo mismo que ellos (los galos) entran cada y cuando les place por nuestra España, sin que nadie se cuide de ellos, ni princesas les cobijen, ni enanos le suenen la trompeta, ni puentes levadizos se les abajan, ni doncellas acudan á cuidar del su rocin.

M.

MI PROFESION DE FÉ.

Dedicada á mi amigo D. Ramon de Satorres.

O nadie sabe lo que hace,
ó yo no sé lo que hago,
ó todos son raros genios,
ó solo mi genio es raro.

En oposicion constante
con todos los hombres me hallo,
por ser ellos comedidos
y por yo ser estremado.

No sé quien tendrá razon,
y quien el gusto mas malo;
sé que del centro partiendo
en los polos rematamos.

Si ellos suspiran, yo gozo;
cuando ellos hablan, yo callo;
cuando ellos bailan, yo gimo;
cuando ellos corren, yo paro.

Cuando ellos piden, yo doy;
cuando ellos sueltan, yo agarro;
cuando ellos rabian, yo rio;
cuando ellos rien, yo rabio.

Si ellos se abrasan, tiritó;
si ellos tiritan, me abraso;
y si ellos trabajan yo huelgo;
y si ellos huelgan, trabajo.

Son en guerra como en paz
ni ligeros ni pesados;
suelo ser en paz y en guerra
como el plomo ó como el rayo.

Ser sus pensamientos suelen
ni muy bajos ni muy altos;
suelen ser mis pensamientos
ó muy altos ó muy bajos.

Tratando de murmurar
lo hacen con tanto cuidado,
que parecen á la brisa
según el murmullo es blando.

Mientras cuando yo murmuro
soy tan firme y pronunciado,
que gano á los arroyuelos,
y aun á las mujeres gano.

Si de conspirar se trata,
conspiran otros zanguangos
para que fulano baje,
para que suba mengano.

Y yo nada; ó no conspiro,
ó es lo primero que trato
revolver el universo
y alzar á miles cadalsos.

Si me dá por ayunar,
ni pan pruebo en un par de años;
mas si me entra el apetito,
sube el trigo en el mercado.

Y entonces busco anhelante
anguilas, perdiz y pavo;
pero si de esto me falta,
piñones á todo pasto.

Aman muchos á una sola;
vaya un gusto estafalario:
ó no hablo yo con ninguna,
ó con cuatrocientas hablo.

Hallando otros una dama
regular ¡San Epifanio!
ya piensan los pobres hombres
que encuentran un mayorazgo.

Para que género alguno
merezca mi beneplácito

es necesario que sea
esquisito ó rematado.

Una mujer me enamora
cuando en ella hay algo extraño;
ó ha de ser copia de Venus
ó imagen del dromedario.

Su tamaño, si ser puede,
ó gigantesco ó enano;
y de su rostro el color
ó de tinta ó de alabastro.

La nariz, una de dos,
ó romana en alto grado,
ó tan grande que en paseo
me haga sombra en el verano.

Las cualidades morales
de mi dama, es necesario
que esten con las prendas físicas
proporcion siempre guardando:

O tan bendita que humilde
obedezca mis mandatos,
ó tan atroz que se atreva
á andar conmigo á sopapos.

Tan sumamente agarrada,
que deje atrás á Tacaño;
ó que dé cuanto la pidan
sin poner ningún reparo.

Y por fin, que hable en francés,
en inglés y en italiano;
ó que si rompe el vestido
no sepa ni aun remendarlo.

Tan solo por no ir al limbo
me alegre estar bautizado,
que así me espera la gloria
ó los sendos tizonazos.

Mis compañías no son
tampoco de tres al cuarto;
ó me junto con marqueses,
ó con la gente del Rastro.

Mi asiento, si alguna vez
me dá por ir al teatro,
es, ó primera luneta,
ó última fila de patio.

Y despues que allí me veo,
y veo el telon alzado,
ó silvo sin descansar,
ó sin descansar aplaudo.

Y allí deame una comedia
de las costumbres de ogaño,
tan divertida que al verla
muriera de risa Eráclito:

O un drama tan espantoso
que de puro sanginario
corran peligro los músicos
de morir acuchillados.

Los encontrados estudios
siempre aficion me inspiraron,
y aprendiera teología,
ó me hiciera matemático.

En caso de lo segundo
nunca me hubiera inclinado
á ser solo un arquitecto,
aunque vale buenos cuartos.

Hubiera toda mi vida
yo ejercitado mis cálculos,
ya en la tierra haciendo minas,
ya revolviendo los astros.

A tirar yo por la iglesia
no me hubiera contentado
con ser sacristán, ni cura,
ni cardenal, ni vicario:

Ni racionero, ni obispo,
ni arzobispo, ni arcediano.
Una de dos ¡qué demonio!
ó pontífice ó monago.

Nunca he vivido en el centro
sino por sitios lejanos,
Lavapies, ó Maravillas,
Atocha, ó el Noviciado.

Y no en piso principal,
pues estoy siempre buscando
cual gusano los cimientos,
cual Mizifuz los tejados.

Nunca me dió por ser músico,
pero siempre hubiera optado
por la flauta ó por el bombo,
los timbales ó el piano.

Diz que es mi voz de tenor,
mas ¡qué demontre! no canto:
cantára con mucho gusto
siendo *tiple* ó siendo *bajo*.

En la pintura no haria
sino torpes mamarrachos,

ó el célebre Rafael
fuera ante mi un renacuajo.

Si me hiciera militar
fuera sin duda admirado,
ya mandando los ejércitos,
ya guisando bien el rancho.

Ni en Cervantes, ni en la Cruz
me ven de máscara un año,
ó al Oriente, ó al tío Vivo,
á Villa-hermosa, ó Vensano.

Y.... ya se sabe, el semblante
de mi traje en tales casos
ó es triste de puro serio,
ó alegre de puro charro.

Y tan apartados son
los disfraces que yo gasto,
como quisieran estar
mas de cuatro mal casados.

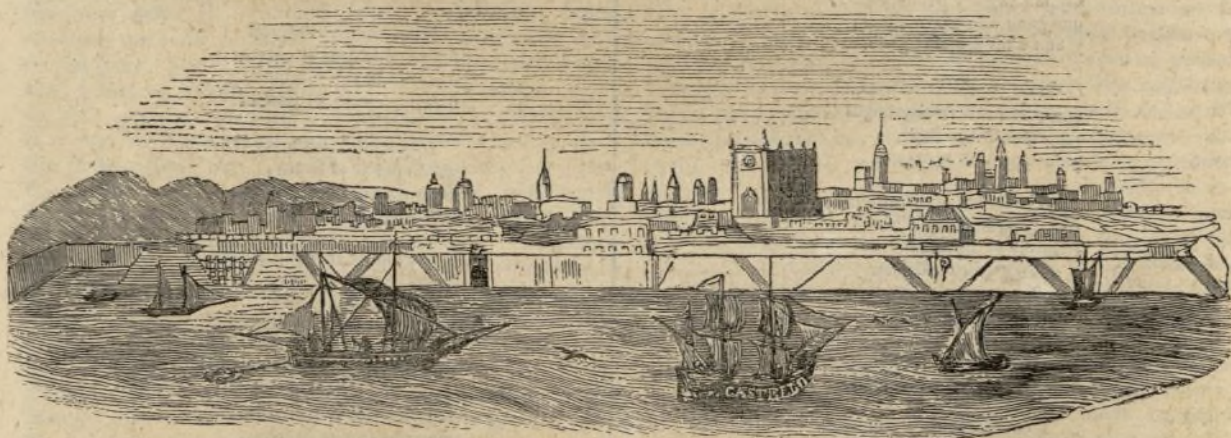
O apretado el pantalon,
ó apeos de maragato;
ó de africano, ó de ruso,
de alguacil, ó de hombre honrado.

De carbonero, ó de duque;
ó bien gallego, ó bien majo;
de nacional, ó de fraile:
ó de Jesus, ó de diablo.

Y no digo mas; ustedes
perdonen si he sido largo,
que en componer soy tambien
ó muy breve ó muy pelmazo.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista de la ciudad de Palma).

LA SEU DE PALMA.



SALMA la Nueva, que con este nombre distinguen alguna que otra vez los extranjeros inteligentes á la moderna capital de Mallorca, y que quedan únicamente muy pocas memorias de su antigua soberanía y grandeza; está situada á la orilla del mar. Edificáronla los moros en una especie de castillo llamado *Almudena*, palabra oriental que segun el Sr. Marti-

nez Marina, equivale á granero ó almacén de granos, y fue ensanchándose despues hasta tomar la figura de un segmento mayor que un semicírculo. Encierran sus muros 7747 vecinos, residen en su seno las autoridades de la provincia, y está adornada con hermosos paseos y suntuosos edificios que recuerdan muchos de ellos el fastuoso lujo que aun ostentaba la aristocracia mallorquina al decaer la última época de su opulencia y poder. *(Se concluirá.)*

MADRID: IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.

Ayuntamiento de Madrid